

Reseña

Globalización, conocimiento y racionalidad

Sergio Vilar, *La nueva racionalidad. Comprender la complejidad con métodos transdisciplinarios*, Colección Nueva Ciencia, Editorial Kairós, Barcelona, 1997, 260 pp.

ESTE LIBRO RECIENTEMENTE PUBLICADO en España por la editorial Kairós tiene la virtud de ubicarnos en el conjunto de atributos que configuran las ciencias del fin del milenio y su efecto en las nuevas posibilidades de la investigación social.

La sociedad postindustrial que recién comenzamos a construir —señala el autor con especial elocuencia— es la *sociedad de la información y del conocimiento*, como un movimiento transnacionalizador inmenso, hipercomplejo y planetario que origina la necesidad de nuevas instituciones que articulen lo local con lo global, lo territorial con las desterritorializaciones y con la mundialización, lo que está manifestándose en nuevas formas de *hominización* (proceso de ser humano en la cultura) que altera las subjetividades así como el descubrimiento de una mayor diversidad cultural y genética, dado que el cerebro humano (como el objeto material más *complejo* que conocemos), muestra una enorme variabilidad y no puede considerarse independientemente de los sentidos y de las interacciones sociales, así como de una extensa capacidad intelectual y reflexiva potencial en cada persona.

La sociedad postindustrial y mundializada requiere herramientas intelectuales para contribuir a gobernar, desde cada lugar, un mundo cada vez más interdependiente, en el que se multiplican las incertidumbres, las simultaneidades, las imprevisibilidades y las vulnerabilidades.

Esta condición genera una *realidad compleja*, fenómenos compuestos por una gran variedad de elementos que mantienen entre sí múltiples relaciones, con interacciones lineales y no lineales, sincrónicas y diacrónicas, la evolución de cuyo conjunto es imprevisible, incluso cuando su autoorganización se orienta por acciones teleológicas, “finalitarias” (p. 18).

La sociedad constitutivamente *compleja* genera nuevos niveles de realidad que requieren de un paradigma de *las ciencias de la complejidad* elaborado y aplicado con métodos transdisciplinarios, con base en la más avanzada epistemología de nuestro fin de siglo. Ningún fenómeno, ninguna situación, ningún problema, ninguna realidad es reductible a una sola disciplina. Las especializaciones y fragmentaciones dejan su lugar a un tipo de descubrimiento que ahora no será el fruto de una sola disciplina, sino de varias que concurren transdisciplinariamente, bio-neuro-senso-psico-

antropológico-culturalmente, es decir construcciones transdisciplinarias de la biología, neurofisiología, las diversas ramas de la psicología, historia, sociología, economía, lingüística, la ciencia política y la antropología.

Sergio Vilar diseña la reconstrucción del *paradigma de la complejidad* recogiendo las contribuciones de los más lúcidos científicos y humanistas de nuestro tiempo, con quienes dialoga directamente, y profundiza en los contenidos de sus obras. Todos ellos poseen su especificidad disciplinaria, aunque se sitúan desde una perspectiva transdisciplinaria. Psicólogos y sociólogos: Piaget, Morin, Guattari, Moscovici, Balandier; biólogos: Crick (Nobel en 1962), Jacob (Nobel en 1965), Edelman (Nobel en 1972), Von Foerster, Varela; economistas: Bartoli, Le Moigne, Passet, H. Simon (Nobel en 1978); físicos y químicos: Böhm (discípulo de Einstein), Feynman (Nobel en 1965), Prigogine (Nobel en 1977), Ruelle, Lorens, Lederman (Nobel en 1988), De Gennes (Nobel en 1991), Charpak (Nobel en 1992); filósofos (Deleuze) y en particular filósofos de la ciencia: Geymonat, Popper, Serres.

El principio básico de la *nueva racionalidad* se establece bajo el supuesto de que se intentan superar categorías descriptivas y analíticas duales, que se han empleado como caras opuestas y fragmentadas que han comenzado a ser cuestionadas por la dualidad derrotada de paradigmas (el de la simplicidad) que pierden vigencia y vigor explicativo en la propia tradición eurocéntrica y académica de las ciencias. Estas dicotomías descansaron en la *vieja racionalidad* y en la parcialización del conocimiento, lo cual condujo a las ciencias, a las ciencias sociales y a las humanidades a construir determinantes que la mayor parte de las veces alcanzaron explicaciones difusas, segmentadas y a establecer realidades cerradas, circunscritas en alguno de los polos dicotómicos que gobernaban la labor científica.

La *vieja racionalidad* (basada en propuestas aristotélicas-cartesianas-newtonianas) fragmenta, simplifica y desdeña la flexibilidad de los fenómenos reales; en forma declarada o no, implícita o explícita, de modo consciente o inconsciente, existe un punto de partida que apunta a un subsuelo de prejuicios e ideas básicas que conforman toda investigación y que son de un carácter y orden distinto de los representados por los ejes *X* y *Y* (espacio y tiempo). La *vieja racionalidad* debe subordinarse a la nueva que es, en suma, la de los científicos de todas las disciplinas, que transdisciplinariamente observan los fenómenos *complejos*, así como observan al observador, al ser humano constituido por una red inmensa de *complejidades* (neuronales sobre todo, o más bien neuronales-sensoriales-psíquicas-sociales) que se multiplican con el transcurrir del tiempo.

La transdisciplina basada en la *nueva racionalidad* opta por la complementaridad, la interpenetración y la combinación de conocimientos disciplinarios, sin prescindir de sus especificidades, bajo dos principios: el primero es la *dinámica histórica global* en que los fenómenos que estudia la ciencia se encuentran atravesados por temporalidades, ritmos y pulsaciones múltiples que se interpenetran y se cruzan, no sin desfases y disonancias,

[...] en un mundo donde prevalecen los indeterminismos, como demostraron y demuestran los principales investigadores en física cuántica y como resulta todavía más demostrable en ciencias humanas y sociales, cuyas materias de estudio son las actitudes, las decisiones, los comportamientos, los proyectos y finalidades más o menos contradictorios de centenares de millones de mujeres y de hombres, que suelen dar como resultante fenómenos colectivos no previstos exactamente por ningún individuo (p. 24).

El segundo principio es el de la *globalidad* (o de no fragmentación) donde el todo es inexplicable sin referirlo a las partes, del mismo modo que las partes son incomprendibles sin relacionarlas en el todo, bajo el supuesto de la complementaridad; en otros términos, la relación local-global o micro-macro, cuya tendencia es parcializar lo menos posible realidades que no están fragmentadas, pero que han fraccionado a las ciencias.

En este sentido, en la oscilación permanente entre la inter y la transdisciplina se produce una fertilización cruzada de métodos y conocimientos disciplinarios específicos que tienden a una integración ampliada del saber, y que se inclinan a la transdisciplina “[...] en la medida en que los métodos correspondientes se aproximan y resultan tributarios de sujetos-objetos-contextos-proyectos complejos, engarzados en unas y en otras redes de complejidades, en las que operan numerosas relaciones de transformación, que desbordan incluso el propio ámbito científico” (p. 32).

La globalización de la que habla Vilar no sólo supone el triunfo de nuevas hegemónías sino que además genera nuevas categorías de análisis; las ciencias sociales se enfrentan a un desafío epistemológico: pensar el mundo como una *sociedad global*. La *complejidad* de las sociedades contemporáneas se va dilucidando progresivamente gracias al retorno de la idea de “globalidad” y de “sistema social” como totalidad que se autoproduce o, mejor, que se autocrea, organizado como una red de procesos de producción de componentes que regeneran continuamente, por sus transformaciones y sus interacciones, la red que los ha producido y que constituyen el sistema. Esta situación transforma la índole de la reflexión que (de ser una actividad descarnada y abstracta) deviene en una reflexión encarnada y abierta hacia nuevas posibilidades de experiencia.

Para terminar, este libro nos coloca frente a dos problemáticas centrales e insoslayables de nuestro tiempo: por una lado, la *complejidad* de la sociedad actual dentro de la cual la *planetarización* es uno de los fenómenos que más repercusión tiene en el ámbito sociológico, politológico, filosófico y antropológico; y por otro, la necesidad de readecuar las ciencias bajo el supuesto de que la *complejidad* de la dinámica cultural, social y económica del fin del milenio debe ser entendida como la intervención y confluencia de diversos factores y elementos que interactúan, pero que no son reducibles ni aislables unos de otros, por lo que representan una complicación en su posibilidad de descripción y explicación de los fenómenos y procesos que no puede ser reducida a la suma de los enfoques parciales de los especialistas. Con razón, Rolando García hace hincapié en que la realidad social es de por sí interdisciplinaria, en el entendido de que no hay fenómenos que hoy tengan o puedan tener una equivalencia y adscripción exclusiva con el uso categorial de alguna disciplina social. Esto nos

ofrece la posibilidad de introducirnos al contexto de un “pensamiento complejo” que, como señala Edgar Morin —uno de los padres intelectuales de la transdisciplina—, ambiciona rendir cuenta de las articulaciones entre dominios disciplinarios quebrados por el pensamiento disgregador que aísla lo que separa y oculta lo que religa: interaccúa, interfiere.

La transdisciplina busca pensar desde ángulos de lectura diferentes con base en un diálogo disciplinario que permita generar un conocimiento más integrado y más cerca de los hechos reales. El problema nuevo para las Ciencias Sociales es que ahora enfrentan un *tiempo* que posee características únicas y que corresponde al de un mundo o modernidad-mundo, el de la sociedad global, pero que es capaz de condensarse en la simultaneidad, como expresión de desigualdad y contradicción estructural dentro de las localidades, países y Estados. Este nuevo ángulo refiere a un *tiempo* universal y normalizante que subordina los *tiempos localmente significados* y redefine sus antiguas fronteras, tanto de los individuos que lo dotan de sentido como de las ciencias sociales y su inteligibilidad, lo que nos pone en un nuevo escenario para las investigaciones científicas.

Lo que se pone en entredicho es la captación fragmentada de los fenómenos sociales, culturales y políticos, frente a la magnitud y al ritmo de los cambios, lo cual genera la necesidad de reconfigurar las ciencias en el *paradigma de la complejidad*, la construcción de una *nueva racionalidad* y la consecuencia teórico-metodológica de la *transdisciplinarietà*.

Dicha realidad científica y social, exhaustivamente expuesta en este libro, plantea un desafío nuevo a las Ciencias Sociales y a las Humanidades, al cual nos acercamos desde realidades específicas, que han provocado constantemente a las ciencias de esta parte del mundo. Es de esperar que la superación de la educación, la ciencia y la tecnología avance en tal sentido.

Desde la introducción de su libro, Sergio Vilar nos conduce a tomar conciencia de la necesidad de una revolución en el pensamiento y en su representación.

En pos de esas finalidades, la conjunción de las nuevas tecnologías con los métodos transdisciplinarios es la que puede ofrecer una inteligencia estratégica y a la vez estrategias inteligentes para que las *mundializaciones* en marcha desemboquen en una *verdadera y nueva civilización*, y no en una nueva barbarie (como temen algunos de los científicos consultados), en un tiempo en el que prosiga la evolución del ser humano, su hominización, el más intenso crecimiento de su humanidad (p. 14).

Hernán Javier Salas Quintanal